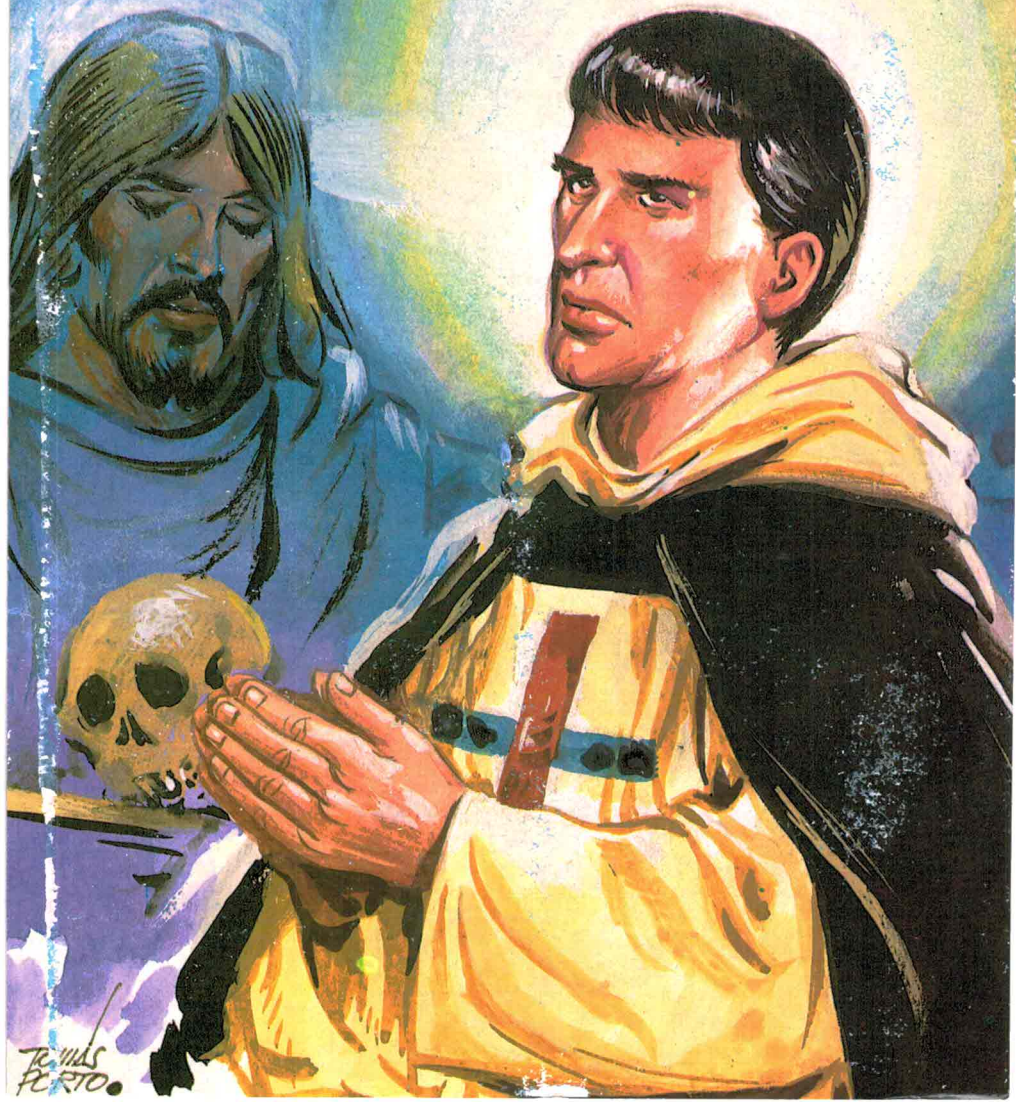
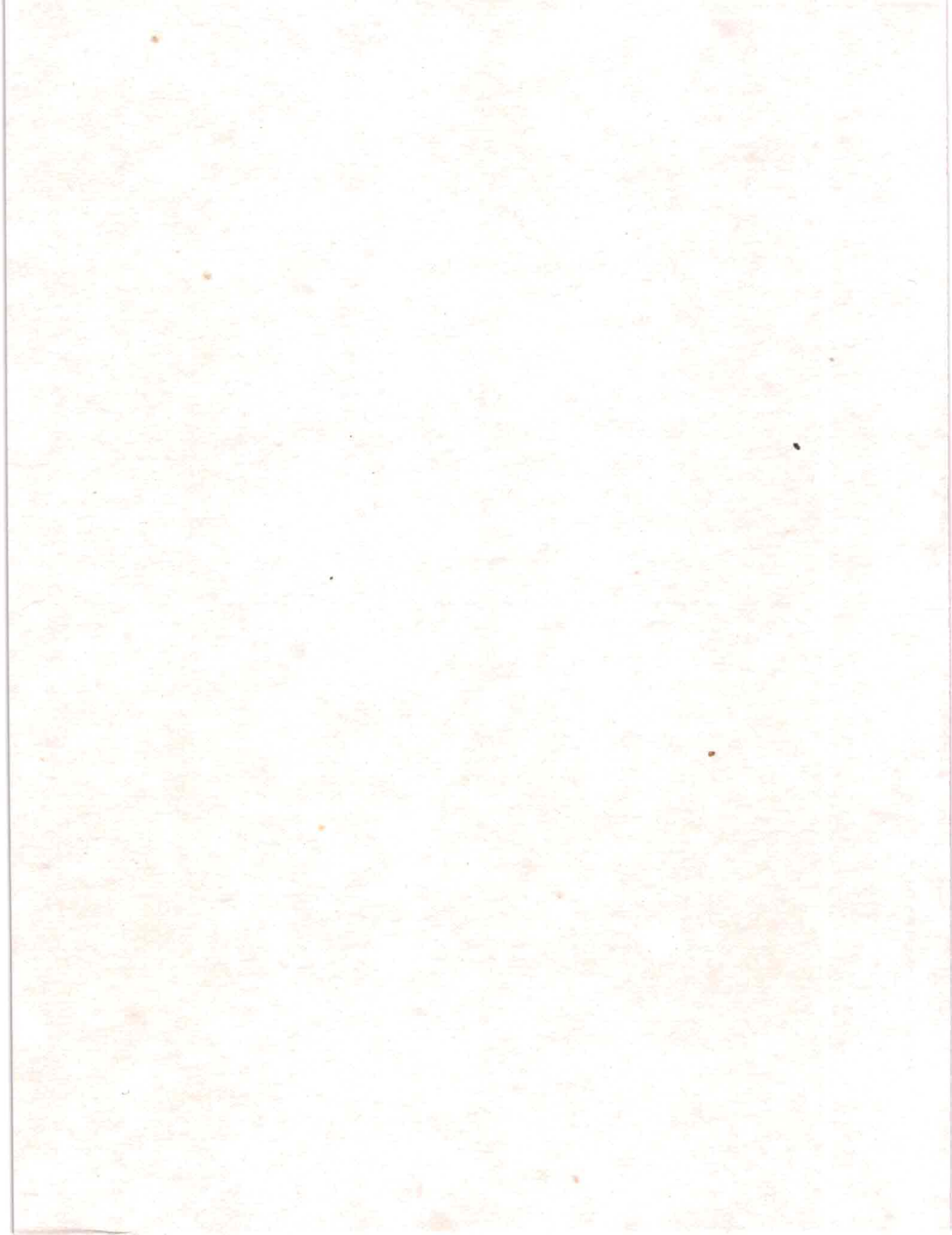


SAN JUAN DE LA CONCEPCION



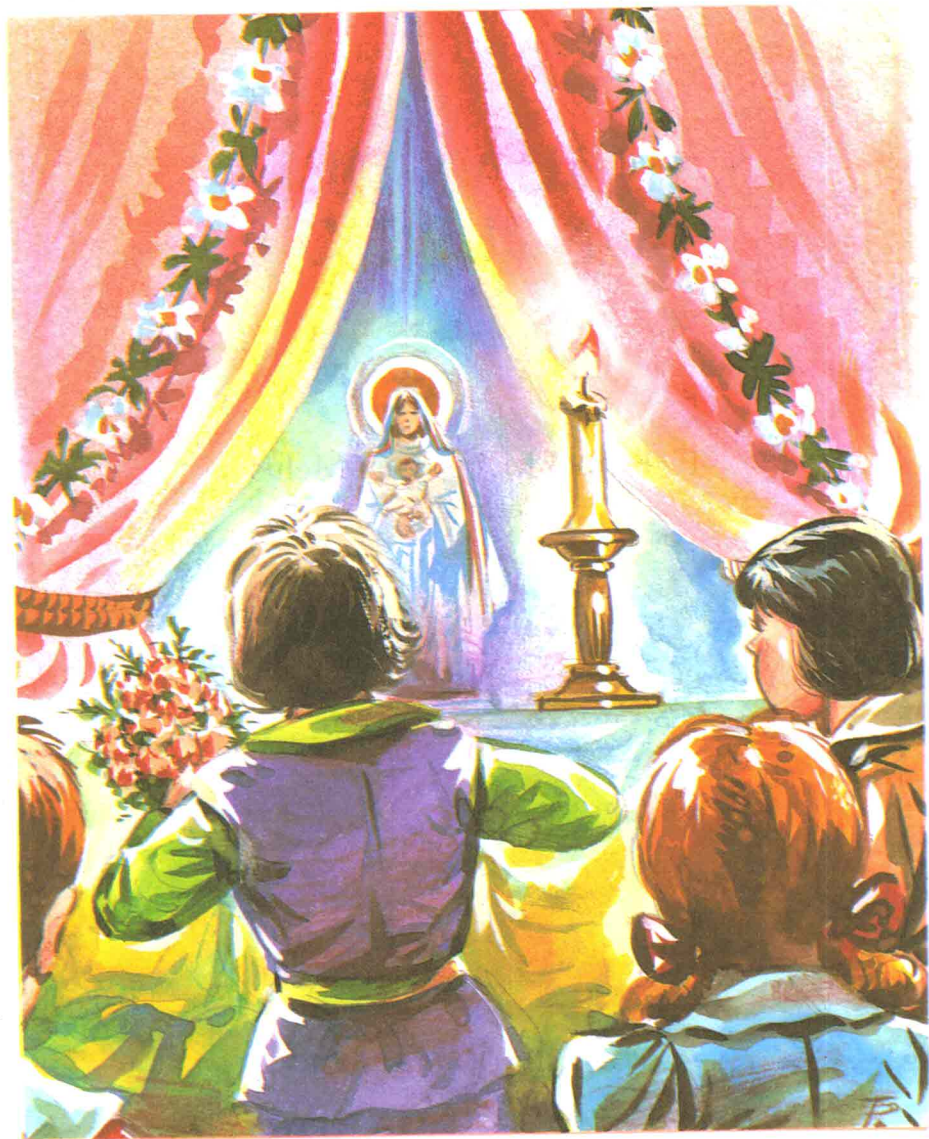


SAN JUAN DE LA CONCEPCION

P. Rafael M.^a López-Melús
Carmelita

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N. 84-7656-128-8 • D.L. B-41133-89
GRAFICAS GUADA, S.A. • ESPLUGUES LL (BARNA.)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA



Jugando a Santo

El siglo XVI español fue un año fecundo en hombres grandes en todos los órdenes: político, literario, militar... y, sobre todo, religioso.

Otra faceta que distinguió a este siglo fue el impulso que a pesar de abundar en tantas cosas se dio en diversas Ordenes religiosas y familias a vivir la austeridad y renovación cristiana...

En Almodóvar del Campo, pueblo de la provincia de Ciudad Real, vivía una familia formada por los esposos cristianos y trabajadores Marcos García e Isabel López Rico.

En aquel hogar se vivía la doctrina cristiana sin ningún atenuante. El padre era un tanto severo en la educación de sus hijos y en las reglas más rígidas de la moralidad cristiana.

Todas las noches se leían –solía hacerlo el mismo feje de familia–, la vida del Santo del día, que todos procuraban imitar.

Nuestro héroe, que se llamó Juan, y nació el 10 de julio de 1561, tuvo otros hermanitos: dos hermanos y cuatro hermanas. Todos fueron educados en el santo temor de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

Pocos días después –como correspondía a una familia cristiana– fue llevado a recibir el santo bautismo. Desde entonces quedó consagrado en la mente de sus padres al servicio del Señor y de María a quienes se lo ofrecerían muy gustosos si esta era su voluntad.

Dicen los biógrafos que el pequeño Juan gozaba de jugar a ser santo con sus hermanitos. A él le gustaba siempre hacer de ermitaño y silencioso...

Todos veían algo distinto de los demás niños de su edad en él... El tiempo les dará la razón.



Un voto a los nueve años

Niño: ¿Sabes qué es un voto?

—Equivale a una promesa de hacer algo pero se refiere normalmente al Señor y trata de cosas muy serias. En general se entiende que se trata de cosas espirituales y para toda la vida...

Hoy los religiosos hacen tres votos ya tradicionales en la Iglesia desde hace muchos siglos y que fueron consejos que dio Nuestro Señor Jesucristo cuando estuvo entre nosotros y nos señaló varios *caminos* para llegar hasta El...: El matrimonio, la soltería, la viudez y la VIDA RELIGIOSA. ¿No recuerdas a aquel joven rico que acudió a Jesús para que le enseñara el camino seguro de la salvación?

Jesús le dijo que si quería ser más perfecto que los demás, es decir, alcanzar con mayor seguridad la vida eterna... que dejara todas sus riquezas y todos los halagos del mundo y que le siguiera a El en pobreza, en obediencia y en renuncia al matrimonio. Estos son los tres votos que hacen hoy los religiosos: Castidad —es decir, consagración a Dios de su cuerpo—; pobreza, no pueden poseer; y obediencia, deben sujetar su voluntad a los superiores...

Nuestro jovencillo Juan había oído hablar de que una Santa había hecho voto de CASTIDAD O VIRGINIDAD a Dios... y que esto era una cosa muy buena para mejor servir al Señor sin las ataduras de este mundo... y él, cuando tenía nueve añitos, un día le dijo al Señor:

—«Jesús, yo quiero servirte con todo mi cuerpo y con todo mi ser. Para ello te ofrezco toda mi alma y todos mis sentidos. Quiero ser siempre virgen a imitación de la Virgen María y de tantos Santos y Santas que se ofrecieron a tu servicio. Acepta mi ofrecimiento para siempre»...



Un gratísimo encuentro

El hermano mayor de Juan contaría después la vida tan austera y mortificada que llevaba este niño y este joven... En primer lugar fue alentado por sus padres igual que los demás hermanitos... pero después fueron estos mismos padres quienes se vieron en la obligación de poner freno a aquellos fervores que acababan con minar la salud del niño...

Dormía sobre unos troncos, llevaba cilicios en su cuerpo, se alimentaba solo con pan y agua, pasaba largas horas de rodillas entregado a la oración...

Todos querían gozar de su compañía pues a pesar de que era muy severo consigo mismo era muy suave y agradable con sus amigos y con cuantos le trataban...

Un día en casa del matrimonio Marcos García e Isabel López Rico hubo una gran alegría... Llegó una inesperada visita de alguien que ya era famosa pero que lo sería mucho más con el correr del tiempo.

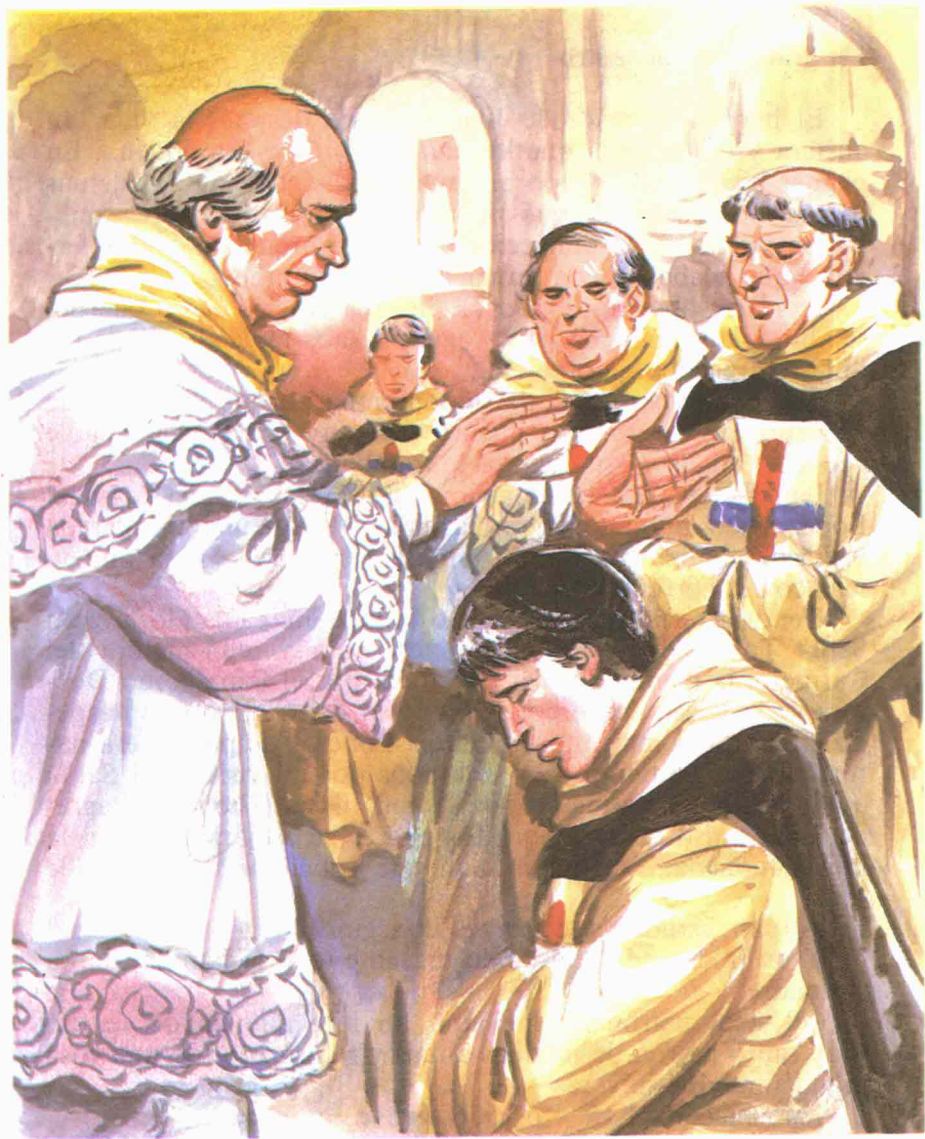
Tendría nuestro Juan trece o quince años cuando la gran Santa Teresa de Jesús, la gran escritora y reformadora del Carmelo, la primera mujer declarada por el Papa como Doctora de la Iglesia, pasó por Almodóvar del Campo y se hospedó en casa del matrimonio García-López. Sus padres era natural que se sintieran muy honrados por tal visita y la Santa que siempre se distinguió por su generosidad, bondad y agradecida... quiso pagar a aquellos padres su alojamiento con la mejor moneda... Al ver a Juan que volvía de la escuela, le dijo:

—«Juan, estudia, que me has de seguir».

Y en la despedida, estando presente toda la familia, dijo a su madre:

—«Usted, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un muy santo patrón de muchas almas y reformador de una cosa grandísima que se verá».

Esto sucedía el 1574 ó 1576. No se equivocó...



Se hace trinitario

Por todos los caminos se llega a Dios. Lo interesante es florecer donde Dios nos ha sembrado. Cada uno debemos llegar a ser santos, es decir, a salvarnos, siendo fieles a nuestra específica vocación...

El joven Juan seguía llevando la misma vida que de niño: piedad, sacrificio, entrega a los demás, y, sobre todo, vivencia de las grandes virtudes que aprendió de sus cristianos padres: La devoción a la Virgen María y el profundo amor a la Santísima Eucaristía.

Era de inteligencia despierta y pronto se distinguió por sus estudios que hacía en los padres carmelitas descalzos de su pueblo natal, Almodóvar. Parece que pidió ingresar en dichos padres carmelitas de la reforma y no sabemos por qué no fue admitido.

Pasó a estudiar teología a Baeza y a Toledo y aquí conoció a los padres trinitarios.

Dios tiene sus caminos a veces incomprensibles para los hombres. Se había formado en el austero espíritu carmelitano. Sus mismos padres le habían educado más bien en el rigorismo observante, conocía las obras de Santa Teresa a maravilla y la amaba con todo su corazón... y a pesar de ello no fue carmelita sino trinitario.

Vistió el hábito el día 28 de junio y profesó el día de San Pedro de 1581. Cuentan sus biógrafos que el día de su Profesión recibió gracias especiales del Señor y de la Virgen María. Le dijo ésta:

—«Hijo mío, sé fiel a tu Regla y a tu espíritu pues necesito de ti para devolver a mi Orden tan amada de la Sma. Trinidad, el esplendor que gozó en el pasado. Te esperan grandes sacrificios pero no temas yo estaré siempre a tu lado»...

El Señor también confirmó cuanto le había dicho su Madre María.



Predicador fervoroso

Al vestir el hábito, mejor dicho, unos años después, cuando él reformó su Orden, añadirá a su nombre el sobrenombre de la CONCEPCION por su gran devoción a este privilegio de María. Así le conocemos de ahora en adelante.

Tuvo la alegría de estudiar la teología y otras asignaturas bajo el magisterio del Beato Simón de Rojas, que supo imprimir en el ánimo de aquel joven trinitario un profundo amor a la mística y a la observancia regular...

En cuanto se ordenó sacerdote no podía contener en su corazón el fuego que en él ardía por la salvación de las almas... El sabía que la Orden Trinitaria había nacido para dar a conocer a Jesucristo entre los cautivos y entre los libres, que estaban cautivos por el pecado... Por ello no podía contener en su corazón el fuego de amor a Dios y a la Virgen y trataba de todas formas de comunicarlo a sus hermanos los hombres de toda raza y nación.

Los superiores, conociendo las cualidades y celo de aquel novel sacerdote, le encomendaban la predicación de novenas, triduos y cuaresmas... En ellas gozaba el Padre Juan de la Concepción con su ardiente palabra y con la ejemplaridad de sus virtudes.

Un compañero suyo pedía al Padre superior:

—«Padre, mande al Padre Juan que no predique de esa manera con tanto celo que nos acaban y quitan la vida las confesiones generales que vienen... No podemos darles abasto y vamos a enfermar»...

Los sermones y pláticas tuyas que han llegado hasta nosotros prueban esta afirmación por la elocuencia, los ejemplos emocionantes y las palabras ardientes que demuestran el fuego de amor divino que ardía en su corazón...

Las almas se convertían al escucharle...



El cuerpo huía

—¿Hay alguien a quien le guste y ame la mortificación y el sacrificio?

—No. A estos tales, si los hay, les llamamos «masoquistas» y están desviados del verdadero camino de la perfección cristiana...

Los cristianos hemos de amar la mortificación y practicarla porque así hizo Jesús, pero no por placer, sino para unirnos al sacrificio y cruz Redentora de Jesucristo. El mismo Jesús nos dijo:

—«Quien quiera ser discípulo mío, que tome su cruz y me siga»...

Era, pues, lógico que el joven religioso trinitario, padre Juan de la Concepción, tratara de huir de la vida de sacrificio y mortificación, pues parece había ya un grupito de religiosos trinitarios que intentaban practicar la observancia más rigurosa en su Orden para devolverle la pujanza y lozanía que gozara en el pasado...

Por una parte le gustaba la vida de este grupito de fervorosos trinitarios. Por otra le atraía la vida más normal y sin tantos sacrificios que llevaban los demás. Al P. Dueñas que le animaba a seguir esta vida de mayor perfección le contestó:

—«Mire padre, le agradezco su invitación pero bien sabe Vd. que disfruto de poca salud. Cada día tengo calentura. Por otra parte mis muchos pecados no me hacen digno de formar parte de un grupo de tanta perfección. ¿Y qué dirán los demás que me sepulte en una aldeucha para siempre? ¿No puedo servir igualmente al Señor desde esta casa de Sevilla?».

Así pensaba y él mismo lo cuenta. Huía de este pueblecillo hacia Sevilla...

—«Cuando vino una nube sobre mí con relámpagos, piedra y aire... y me pareció oír una voz que decía: Enmiéndate y hazte Recoleta... Y así lo hice con gran gozo»...



Se abraza a la Cruz de Cristo

Aquella tormenta tan rara, estando los cielos claros y venirle a él solo y de repente... hizo pensar seriamente a nuestro joven Padre Juan... El pensó:

—«Si esta es la voluntad de Dios que me la manifiesta de modo tan claro aunque no me hable... yo quiero siempre cumplir la voluntad de Dios y hacer lo que a El le agrada aunque sea en contra de mis pasiones»...

Y decidió de ahora en adelante no escuchar la voz de sus instintos ni los halagos del mundo, ni siquiera los buenos consejos que le daban personas muy queridas si éstos se referían a vida más ancha y a vivir de modo como lo hacen los del mundo...

Aquellas austeridades de su niñez e incluso de su juventud habían ido un poco a menos pensando un tanto demasiado en su salud y en el qué dirán de los demás... Ahora tiró todo por la borda y volvió con mayor esmero a la vida anterior.

Fue entonces cuando tuvo que lidiar una gran batalla: Los dos bandos se lo disputaban. Sabían lo que perdían si se les iba... Conocían lo que ganaban si venía con ellos. Nuestro héroe no quería disgustar a nadie porque todos habían sido muy buenos con él. ¿Qué hacer?

Se puso en las manos de Dios y vio claramente que el Señor lo quería para reformar su Orden a pesar de los achaques de su cuerpo.

Aquella noche el Señor se lo premió. Cuando estaba en oración se le apareció y le dijo abrazándolo:

—«Hijo mío: No temas en seguir este camino que te he señalado. Yo estaré siempre contigo. Ya te anuncio que no te faltarán dificultades pero de todas ellas yo te libraré. Clávate en la cruz igual que lo hicieron conmigo y ya verás cómo en la Cruz encontrarás alegría y consuelo»...



Reformador

Padre Juan de la Concepción quedó muy consolado con aquellas palabras oídas en la oración y que procedían de los labios de Jesucristo.

El mismo escribió después:

—«Me enamoré de la vida de trabajos, la que acepté, la quise, la abracé, la amé y la reverencié en nombre de Jesucristo».

¿Pueden darse unas disposiciones más generosas que éstas? El está, a imitación de Jesucristo, puesto en las manos del Señor. El viene a decir igual que Jesús en todos los momentos de su vida:

—Hágase, Señor, tu voluntad, y no la mía —O como aquel santo que decía:

—No lo que yo quiero sino lo que tú quieras... No como yo quiero sino como tú quieras... No cuando yo quiero sino cuando tú quieras, aunque yo no quiera...

Era lógico y es la historia de todos que han intentado la reforma de una Orden o Congregación que tuviera religiosos que lo adoraban y estaban incondicionalmente de su parte y otros que lo persiguieran a muerte y que para ellos todo lo que hacía lo hacía mal...

Pero Padre Juan no dio un paso atrás. Supo arrostrar toda clase de vejámenes y atropellos pero una vez que supo que aquello era obra de Dios luchó con todas sus fuerzas hasta conseguir la meta: **LA REFORMA DE SU AMADA ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD.**

El convento de Valdepeñas del que fue nombrado Prior era un remanso de paz y de observancia regular. Todos iban a ver quién podía ser más generoso en la caridad, más fervoroso en la oración, más entregado en la mortificación y mejor cumplidor de sus reglas y de su carisma trinitario.

Padre Juan iba por delante de todos...



Prosigue, yo te ayudaré

La noticia de la observancia de Valdepeñas llega hasta otros conventos de la Orden y... vienen las vocaciones. Se juntan trece religiosos, todos ansiosos de la mayor perfección...

Pasado algún tiempo algunos vuelven a sus conventos de origen porque aquella vida les resulta demasiado dura...

La tormenta empieza con fuerza... Los calzados gozan de gran prestigio ante el Palacio Real... También llegan noticias hasta el Padre General a Roma y éste envía un visitador para que se entere de cuanto pasa con la reforma...

Por otra parte suceden cosas raras: Se oyen aullidos de perros, voces raras... algunos piensan que aquello es obra de satanás o algo así...

El mismo Padre Juan llega a dudar porque le vienen sospechas y vacilaciones sobre el camino emprendido. Hasta piensa en que todo ha sido una alucinación y que hay que volver a como se vivía antes... Cuando así piensa se le aparece el Señor y le anima diciendo:

-«No temas, hijo mío. Prosigue, que yo te ayudaré»...

Alentado por estas palabras, en compañía de un hermano lego, emprendió viaje a Roma para entrevistarse con el mismo Papa... Embarcó en Alicante y cuando se encontraban en alta mar se levantó una terrible tormenta... Juan tuvo una visión como que Jesús mismo venía en auxilio de la barca y así lo comunicó a los pasajeros:

-«No temáis. Jesús me ha dicho que no nos pasará nada. Volveremos a Alicante y todos llegaremos con vida».

Y así fue.

No desistió y de nuevo embarcó en Alicante en compañía del duque de Maguera y llegó felizmente hasta Génova y Roma, después de grandes dificultades...



En Roma

Durante el trayecto que hubo de vivir de Alicante a Roma mucho sufrió nuestro Santo ya que a las grandes dudas que sufría su espíritu por la inseguridad de si aquello era obra de Dios o un acto de su amor propio... se añadieron sus propias enfermedades que le aquejaron toda la vida además de las tormentas y otras dificultades materiales... Pero en todas le ayudó el Señor y de todas salió ileso y contento.

Una vez en Roma se entregó a la finalidad de su viaje. El no sabía lo que en Roma le esperaba... Sus contrarios habían escrito a Roma en contra de él. Todos le cerraban las puertas. Acudió a Cardenales, al Embajador de España en Roma, etc... y nadie quería escucharle.

Sólo encontró dos ayudas: Una humana y otra divina: La humana: el carmelita Padre Pedro de la Madre de Dios, carmelita, reformado como él quería hacer con la Orden Trinitaria, quien acogió con gran amabilidad y cariño fraternal al Padre Juan de la Concepción.

La ayuda divina fue aún más poderosa. A tanto abandono por parte de los hombres vino a contrarrestar la ayuda por parte de Dios. Jesús mismo lo tomó como su mejor amigo y así se le aparecía con frecuencia y le acompañaba a muchas partes. El era quien le abría los caminos...

Esta visión corporal y espiritual de Jesucristo era su mejor consuelo y el sostén en todas sus dudas y luchas que no fueron pocas.

Toda su misión concluyó felizmente con el Breve del Papa Clemente VIII del 20 de agosto de 1599 por el que daba vida a la reforma de la Orden de la Sma. Trinidad... Ya podía volverse tranquilo a España...



Superior de la reforma

Vuelto a España era natural que la división continuase. y no sólo la división sino también la lucha y persecución. Es lógico que las obras de Dios sean perseguidas porque ya lo anunció El que sus discípulos no tendrían más suerte que el Maestro.

—«¿Quién se cree que es éste? ¿Se cree que es un santo y que nos va a convertir a todos nosotros? Que haga él lo que quiera y que nos deje tranquilos»...

Así hablaban sus perseguidores o los que no aceptaban el Breve que había traído de Roma. No pocos religiosos le abandonaron pero en cambio vinieron otros a ocupar sus puestos y la observancia siguió adelante. Encontró adversarios y hasta calumniadores pero tampoco le faltaron incondicionales seguidores que estaban dispuestos a imitar sus ejemplos y a seguir sus huellas.

En esta nueva etapa fue aún más ejemplar que lo había sido en las anteriores de su vida: Era el primero en acudir a todas partes. No le importaban sus achaques para mortificar aún más su cuerpo...

El tomó siempre como lema para sí el que debieran vivir todos los superiores:

—Ser suaves con los demás y duros consigo mismos.

Era paternal, bondadoso y estaba siempre dispuesto a servir a todos.

Se esmeró sobre todo en la observancia regular y en la práctica de la oración. Decía:

—«Hijos míos, amad la oración. Ella debe ser el pan nuestro de cada día. A imitación del Señor debemos procurar pasar todas las horas entregados al continuo trato con el Padre que está en los cielos»...

Asimismo inculcaba con mucha fidelidad la auténtica devoción a la Virgen María a la que él mismo amaba con toda su alma...

En las manos de Dios...

Siempre trató de estar en las manos del Señor y cada día hacía esta oración antes de irse a descansar:

—«Padre, me pongo en tus manos. Que se cumpla tu voluntad. No quiero ofenderte. Ayúdame en todas mis necesidades»...

No disfrutó nunca de salud. Los achaques le acompañaron toda su vida pero a pesar de ello siguió trabajando por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos como si dispusiera de una salud de roble.

Sufrió una dura operación, y, sangrando, hizo alguna fundación. Médicos y medicinas ya poco podían hacer con aquel cuerpecillo maltratado.

Se puso una vez más en las manos del Señor.

Había llegado ya la hora de recoger el fruto que había sembrado.

Cuando le dieron la noticia de que su último momento se acercaba... lleno de alegría, como si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería..., exclamó:

—«Me he alegrado por lo que me acaban de decir: Iremos a la casa del Señor»...

Recibió con gran fervor el Viático y la santa Unción de enfermos... Pidió perdón a todos sus hermanos e hijos espirituales por sus pecados... y, abrazado a la cruz, expiró en el Señor con gran paz...

La semilla que había echado en el surco... empezaba a dar sus frutos. La Orden por él reformada había encontrado una rica savia llena de vitalidad...

En la Orden de la Santísima Trinidad por él reformada con tanto sacrificio florecieron muchas vocaciones y almas muy entregadas al Señor, a la Virgen María y al fogoso apostolado de la palabra como lo había hecho San Juan de la Concepción...